Noticias de la Provincia de Castilla, Nov. 1972

de Villagarcía, durante la estancia de éste en Roma para asistir a la Congregación de Procuradores.

El **corillo** de la capilla de las Reliquias es testigo de las extraordinarias ilustraciones espirituales que allí tuvo, según nos confiesa él mismo en sus escritos.

En Villagarcía se conservan varios autógrafos suyos; y allí descansan los restos mortales de su Director Espiritual el venerable Padre Baltasar Alvarez.

También se conservan en Villagarcía dos manuscritos de las cuentas y gastos de su causa de beatificación, que se empezó a promover inmediatamente después de su muerte, acaecida en 1624. Este recuerdo del P. La Puente, emplazado en Villagarcía, serviría para reavivar la devoción a este varón insigne, que sin duda le veríamos hoy en los altares a no haber sobrevenido la expulsión de la Compañía de España, decretada por Carlos III en 1767, cuando su causa de beatificación estaba ya bastante adelantada.

NECROLOGIAS

H. Luis Gonzaga Prieto Arrizubieta (9-VI-95 - 29-VI-72)

Nació el H. Prieto el 9 de junio de 1895 en Gijón, ciudad asturiana donde su padre ejercía el cargo de maestro nacional.

Del grado de virtud cristiana de su familia, compuesta por sus padres, don Jenaro Prieto y doña Teresa Arrizubieta, y sus cuatro hijos, lo dejamos a la ponderación de cada uno. Solamente baste saber que los cuatro hijos entraron religiosos. Y una vez consagrados los hijos a Dios, los dos esposos vistieron también el hábito religioso: doña Teresa, en las Religiosas Adoratrices, y don Jenaro, en la Compañía de Jesús, donde le habían precedido sus hijos Luis Gonzaga y José Ignacio, y en la que murió de Hermano Jesuíta a los 61 años de edad y 7 de Compañía, tras haber edificado a todos por su fervor y sus virtudes.

Con sus padres y hermanos pasó el H. Prieto la niñez en la ciudad de Gijón hasta los 14 años, en que trasladaron su residencia a Bilbao.

De fina sensibilidad y cualidades artísticas, le gustaba mucho la música. A los 16 años ya tenía terminados todos los cursos de la carrera de piano por el Conservatorio de Madrid. Llevaba también muy adelantados los estudios de órgano y armonía, que los interrumpió para ingresar en el noviciado. Fue algún tiempo discípulo de Jesús Guridi, profesor de órgano de la Filarmónica.

Antes de cumplir los 17 años ingresó en la Compañía en Loyola, poniéndose bajo la dirección del P. Camilo García, maestro de novicios y al mismo tiempo Rector de la casa, que entonces la constituía el Noviciado, el Juniorado y la Tercera Probación.

Acerca de su entrada en el Noviciado hay una historia interesante que nos la cuenta su hermano el P. José Ignacio: "Ya en Bilbao, por los años

1909-1912, trataba mi hermano mucho con el H. Arrieta, sacristán de la Casa Profesa, y gustaba de ayudarle en sus ocupaciones. Se confesaba con el P. Recalde, Superior de la misma casa. Llevaba muy en secreto su deseo de entrar en la Compañía, y su deseo y vocación era entrar para Hermano. Al proponérselo al P. Provincial, éste quiso hacerle que ingresara para Escolar, pues veía que tenía cualidades para hacer bien los estudios. Pero mi hermano se opuso firmemente a no contrariar su vocación de Hermano. Un buen día, cuando ya lo tenía todo arreglado y faltaba muy poco para irse a Loyola, se presentó en la cocina a nuestra madre y se lo comunicó simplemente. Nuestra madre se alegró mucho en su interior, pero disimulando le dijo si tenía el permiso de sus padres, y él respondió: "Ya sé que me dais permiso."

Pasó el Noviciado en Loyola y tres años más, entregado con sencillez y servicialidad a los oficios de refitolero y ayudando en la sastrería, oficio que, junto con el de portero, ejercitaría por otros dos años más en el Castillo de Javier, convertido ya en Escuela Apostólica.

Hombre polifacético y de cualidades, irá pasando por varios oficios en los diversos destinos que tuvo. Después de Loyola y Javier, en 1920 fue destinado a Comillas, en cuya casa pasó en varias etapas 35 años de su vida. Cuatro años estuvo en el Colegio de San José de Valladolid; otros tres, en Cristo Rey, y 10, en Carrión de los Condes, que sumados todos ellos dan los 60 años de Compañía, efemérides que en enero último había celebrado en Comillas.

Por todas las casas por donde pasó, aparte de los trabajos principales que tenía que ejercer, era siempre el encargado de armonizar la liturgia tocando el órgano o armonium, y en las fiestas folklóricas, el piano. En los años que estuvo en el Colegio de San José fue ayudante en la Secretaría, Subprefecto de disciplina y profesor de música.

Labor meritoria fue la desarrollada en sus tres años en Cristo Rey, entre los niños pobres de las incipientes escuelas. Por su amor a los pobres pidió ser allí destinado. Con aquellos niños formó una banda de música que dio mucha popularidad a las escuelas y les atrajo muchas simpatías. Con frecuencia era solicitada para intervenir en procesiones y actos patrióticos. Ella fue una de las dos bandas que asistieron el día que llegó el Caudillo a Valladolid en la primavera del año 1945.

No menos estimada fue su labor en Carrión de los Condes, durante los diez años como profesor de música y ayudante del ecónomo. Pero también lo fue por su gestión como comprador. El fue durante varios años —y algunos en tiempos de escasez— quien procuró que no faltara nada a la comunidad y a los alumnos. Con la furgoneta recorría diversos lugares para agenciar los alimentos y las cosas necesarias, ganándose la voluntad de los proveedores.

Este cargo de comprador lo ejercitó también muchos años en Comillas, aunque ya en épocas de más abundancia. En Comillas ocupó también mu-

chas horas en ayudar en la administración. Pero de lo que todos: Jesuítas, sacerdotes, seminaristas y seglares, tienen un imborrable recuerdo es de sus actuaciones ante el órgano y piano. Sin duda que parte de la gran fama que tenía el Seminario de Comillas se debía y debe a los buenos músicos que han pasado por ella, con sus actuaciones dentro y fuera del mismo. Y entre estos músicos también tiene el H. Prieto un buen puesto de honor. Imborrable es el cuadro plástico tantas veces contemplado en el Paraninfo y en la iglesia de la Universidad con motivo de las fiestas litúrgicas, Semana Santa y diversos festejos públicos, en que el P. Prieto dirigía el gran grupo que formaban la Schola Cantorum, y su hermano, el H. Luis tocaba el órgano o el piano.

Gracias a las clases generales de música y particulares de piano que dio durante más de cincuenta años, son muchos los jesuítas, seminaristas y sacerdotes que aprendieron sus enseñanzas y son hoy buenos músicos y organistas. El fue quien antes de ingresar enseñó a su hermano el P. José Ignacio a poner los dedos en el piano, cuando solamente tenía seis o siete años.

Otro cargo doméstico que ejercitó por muchos años y con gran satisfacción de todos, pero que para él tenía que ser un tanto molesto por obligarle a comer siempre en segunda mesa, fue el de lector durante la comida. Leía muy bien y con claridad.

Junto con su gran actividad tenía un trato amable y agradable, que le hacía estar siempre acompañado, particularmente de jóvenes a los que trataba de ayudar. Lo mismo le sucedía con los empleados, que le querían por su sencillez y a los que seguía ayudando incluso después que salían a la vida del mundo.

Con la edad, y particularmente con los cuatro ataques de trombosis que le sucedieron los últimos años fue aminorando su actividad. Sentía no poder hacer más en su trabajo de administración y organista —esto último lo pudo hacer hasta unos días antes de su muerte—, pero él lo llevaba con mucha resignación y sin quejarse. Así fue poco a poco apagándose en la presencia del Señor, y el día 29 de junio, después de haber recibido los Santos Sacramentos, se apagó definitivamente.

Descanse en paz.

A. Astraiz, S.J.